

puerta de mi habitación. Luego se acercó hasta nosotras, que dormíamos una junta a la otra en camas marineras, y se sentó a nuestros pies.

Mi madre me pidió que saliera un momento del cuarto para dejarlos charlar tranquilos, pero Carlos le aseguró que no era necesario. Así que me quedé y también escuché lo que el papá de Fabiola tenía para decirle.

—Esta tarde se llevaron preso a tu abuelo Tito.

Al escuchar aquello mi corazón dio un salto mortal. Yo adoraba al abuelo de Fabiola, tal vez porque mis abuelos no estaban cerca. Los padres de mi madre ya habían muerto y los de mi padre vivían muy lejos, así que yo me había dejado adoptar por el abuelo Tito.

Mientras hablaba, Carlos acariciaba nerviosamente los pies de su hija por encima de la frazada.

—Quiero que sepas que tu abuelo no hizo nada malo. Tu abuelo es un hombre bueno. Lo detuvieron por lo que piensa, porque sus ideas no le gustan al nuevo gobierno.

También le dijo que no debía preocuparse, porque seguramente Tito quedaría libre muy pronto.

—¿Vamos para casa? —quiso saber Fabiola, indecisa entre levantarse o permanecer en la cama.

Carlos movió negativamente la cabeza.

—Debo viajar fuera de la ciudad con urgencia y no puedo llevarte conmigo. Pero solo serán unos días —explicó Carlos intentando restarle importancia al asunto.

Agregó que, por suerte, Irma y Ramón, mis padres, le habían ofrecido que Fabiola se quedara durante un tiempito en nuestra casa, para que no faltara a la escuela ni tuviera que separarse de sus amigos.

Mi madre, que permanecía de pie junto a la puerta, se acercó en ese momento y añadió que todos nosotros estaríamos muy contentos de que Fabiola aceptara la propuesta. Mi amiga dudó un momento, le preguntó a Carlos si su viaje sería muy largo, si tenía que ir muy lejos, si la llamaría por teléfono...

—Me quiero quedar —anunció finalmente y eso me puso muy feliz.

¡Sería genial! Podríamos cuchichear en la cama hasta las mil y quinientas, pasar horas en nuestro club secreto y atacar con almohadas a mis hermanos en mitad de la noche. Había un montón de cosas increíbles por inventar.

Cuando los adultos salieron del cuarto, nos pusimos a pensar una lista de lo que nos gustaría hacer en los próximos días, pero Fabiola se durmió casi enseguida.

Yo estaba tan excitada con los acontecimientos que no podía conciliar el sueño. A veces me viene la enfermedad del insomnio y no hay manera de que pegue el ojo. Me puse a pensar en cosas lindas, como me sugieren mis papás que haga cuando no logro dormir, pero todas las cosas que se me ocurrían esa noche eran tan, tan, tan divertidas, que menos conseguía pescar el sueño. Al final, me levanté para tomar un vaso de agua.

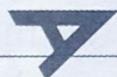
Cuando salí de mi cuarto escuché voces en el piso de abajo. Caminé despacito por el

pasillo hasta llegar a la escalera y, sin que nadie me escuchara ni me viera, me agaché para asomarme a través de dos escalones.

Fue entonces que vi a mis padres y a Carlos sentados alrededor de la mesa de la cocina. Mi madre mantenía sus manos sobre el mantel y formaba pelotitas con las miguitas del pan, como hace siempre que está pensativa. Papá apoyaba su brazo sobre los hombros del padre de Fabiola. Se ve que lo estaba consolando, porque Carlos lloraba.

Yo nunca había visto a un hombre grande llorar como un niño y me quedé muy impresionada. Decidí no contarle nada a Fabiola; pensé que con la noticia triste del abuelo ya tenía bastante, no quería darle más preocupaciones.

A la mañana siguiente Carlos ya no estaba. Mamá les pidió a mis hermanos que fueran amables con Fabiola, y quién sabe qué les habrá ofrecido a cambio porque le hicieron caso. Incluso Batán le enseñó durante el desayuno sus tres jugadas infalibles para ganar al tatetí. Lo que, confieso, me dio un



Con todo el asunto de la familia de Fabiola, me había olvidado completamente de los vecinos y de nuestra incursión a la bodeguita la tarde anterior.

Volví a recordar nuestro tonto descuido de abandonar abierto el candado y la llave en cualquier lado, cuando me encontré frente a frente con Jeremías Pérez Velarde en la escuela. Aunque éramos compañeros de clase, no fue sino hasta al final del recreo que lo vi por primera vez aquel día. Yo me dirigía muerta de sed hacia los bebederos y

Jeremías caminaba en sentido contrario hacia el patio por el mismo pasillo; imposible no cruzar una mirada. Nerviosa, le hice un breve saludo con la cabeza e intenté seguir de largo, pero Jeremías se paró frente a mí y me impidió pasar. Sentí que las rodillas se me aflojaban. ¿Ya sabía que Fabiola y yo espiábamos su casa? ¿Pensaba acusarme de ladrona por entrar a la bodeguita de Luis?

Justo cuando alargó su mano para tomarme del brazo, sonó la campana dando fin al recreo.

En menos de un segundo el pasillo se llenó de niños que regresaban corriendo a sus salones de clase. Nunca supe lo que pensaba hacerme o decirme, porque aproveché la bulla a mi alrededor para darme vuelta y salir corriendo. Por esa vez me había salvado.

El resto del día lo pasé muy alterada. Como Jeremías era un «niño fatal», la maestra lo sentaba muy cerca de ella, en uno de los primeros bancos del salón. Por lo tanto, mirar hacia el pizarrón significaba mirar siempre la nuca de Jeremías.

na-  
ple  
un  
uir  
í y  
me  
iá-  
ro-  
nar-  
n al  
lle-  
sus  
saba  
bu-  
alir  
da.  
es-  
o de  
nto,  
irar



Varias veces me pareció que iba a darse vuelta para decirme algo. Así que en cada ocasión que lo veía moverse en el pupitre, yo bajaba la cabeza como si estuviera profundamente concentrada en mi cuaderno. Ni bien terminó la clase, salí huyendo del aula, llevándome a Fabiola casi a rastras.

—¡Vamos rápido para casa!

Mi amiga me seguía por los pasillos de la escuela, aunque sin entender.

—Pero necesito hablar con Mica, la maestra nos dejó un trabajo para mañana...

—Ahora no. Jeremías nos debe andar buscando. Me quiso agarrar en el recreo pero conseguí escapar —le conté sin detenerme.

—¿Qué quería?

—Y yo qué sé, pero no pienso quedarme para averiguarlo.

Fabiola apretó el paso y salimos corriendo a la calle, apuradas en dejar la escuela cuanto antes para evitar cruzarnos con Jeremías en el camino a casa.

Esa misma tarde regresamos al escondite. No encontramos nada raro dentro de

nuestra guarida; no parecía que alguien hubiera entrado. Con los binoculares miramos en dirección a la casa de los vecinos por un largo rato sin ver a nadie. La bodeguita estaba cerrada nuevamente y alcanzamos a notar que habían agregado un segundo candado.

Obviamente ya sabían que alguna persona ajena a la casa había entrado. Lo importante ahora era evitar que sospecharan de nosotras.

Pensamos bastante al respecto.

—No podemos taparlo —razonó Fabiola—. Si alguien ya vio antes el hueco debajo de la alambrada y ahora descubre tierra recién colocada, se va a imaginar que pasamos por ahí a la bodeguita.

—¡Pero tampoco vamos a dejar el agujero así no más!

—¿Por qué no? El que lo encuentre creerá que lo hizo un perro —siguió argumentando con lógica mi amiga.

—O una rata —agregué sintiéndome un poco más convencida.

Al final decidimos conservar el hueco bajo la cerca para alejar las sospechas. Para asegurarnos de causar la impresión deseada, nos dedicamos a poner más pasto y ramas de nuestro lado, lo que le daba al lugar un aspecto aún más salvaje y descuidado. Viéndolo, nadie sería capaz de suponer que allí abajo se escondía una fabulosa cueva secreta. Volvimos muy tarde a casa y con una capa de mugre tan negra que parecíamos salidas de una mina de carbón.

Después de bañarnos, Fabiola me hizo muchas trenzas en el pelo y yo le llené la cabeza con moños de todos los colores. Tener a Fabiola en casa todos los días no era solamente como divertirse con una invitada, era como de golpe haber ganado una «mejor amiga para siempre», una hermana, una confidente, todo junto. Era fantástico.

Las siguientes dos semanas fueron de los momentos más divertidos de mi vida. Aunque tampoco quiero exagerar, porque no todo nos causaba alegría. También teníamos nuestros problemas.

Jeremías había tomado por costumbre perseguirnos por el patio durante el recreo, e incluso en un par de ocasiones nos había llamado con un chistido en la calle al salir del colegio, a lo que Fabiola y yo respondimos con un grito y una carrera a la velocidad de la luz para llegar a casa. Nosotras nos vengábamos espiándolo desde nuestra guarida y riéndonos en secreto cuando, de casualidad, lo veíamos salir en calzoncillos a buscar sus pantalones que se secaban al sol en la cuerda del patio.

Por otro lado, Fabiola extrañaba muchísimo a su familia. Del abuelo Tito no había buenas noticias y su papá no la llamaba por teléfono; todo eso la ponía triste. Lo que sí recibía de su padre eran cartas, muchas cartas. Lo raro es que no las mandaba por correo sino con el panadero.

En otra ocasión la carta la trajo una muchacha que no conocíamos. Venía en bicicleta y resultó ser amiga de Juan Alberto, el primo de Fabiola. Nos contó que JuanA estaba bien y que mandaba muchos besos.



—¿Puedo ir contigo a verlo? —pidió Fabiola muy ilusionada.

Pero la joven se negó terminantemente y nos aclaró en voz bajita y llena de misterio:

—Juan Alberto está muy ocupado organizando el movimiento de los estudiantes del liceo.

Nosotras no sabíamos a qué se refería, pero nos dio vergüenza preguntar. Al principio creímos que la palabra «movimiento» se relacionaba con la gimnasia o el deporte,

pero por el tono de voz de la muchacha nos convencimos de que debía de ser otra cosa, un asunto ultrasecreto y superimportante.

Lo único que la chica aceptó hacer por Fabiola fue llevar una carta a JuanA que mi amiga se apresuró a escribir ahí mismo.

Mientras redactaba su mensaje, yo me quedé pensando impresionada en la cantidad de secretos que guardaba la familia de Fabiola.

Pasaron los días y mi amiga siguió viviendo en casa. Los chicos ya estábamos de lo más acostumbrados a su presencia y siempre creí que los grandes también. Pero una noche que no conseguía dormir, otra noche de insomnio, al volver hacia mi cuarto con un vaso de agua en la mano, alcancé a oír voces al otro lado de la puerta del dormitorio de mis padres.

Sabía perfectamente que escuchar las conversaciones ajenas estaba muy mal, pero sentí clarito sus voces agitadas y no pude evitar pegar la oreja a la puerta, como si la habitación de mis padres tuviera un imán.

Mi padre sonaba intranquilo al contar a mamá sobre los problemas de su trabajo. En aquel entonces, estaba empleado en una oficina del gobierno.

—El nuevo encargado despidió a Fernández y también a Juancito, el de recepción. Y hay otros, aunque no los conozco a todos.

—¿Y con qué argumento? —quiso saber mamá.

—Sencillamente porque no confían en la lealtad de esos empleados con el nuevo régimen. Saben sobre Fabiola, así que también a mí me están investigando —agregó papá con preocupación.

Ahí entendí que como mis padres cuidaban de Fabiola y la familia de mi amiga estaba metida en política, también nosotros resultábamos sospechosos ante los ojos de los nuevos jefes.

Pero mi madre y el padre de Fabiola se conocían de toda la vida, de chicos habían sido compañeros de escuela. También mi padre apreciaba mucho a Carlos, y desde que se muriera su esposa, cuando Fabiola era muy

chiquitita, se habían hecho aún más cercanos. Así que después de recordar todo lo que unía a nuestras familias en voz alta, mi padre acabó afirmando con mucha seguridad:

—La política me importa un bledo. Fabiola es como nuestra sobrina. Prometimos a Carlos que la cuidaríamos y eso es exactamente lo que haremos. No importan las consecuencias.

—No importan —coincidió mamá con firmeza.



Y aunque no los vi, imaginé que habían estrechado sus manos en silencio, como ocurre con los personajes de las películas cuando sellan un pacto.

Esa noche me acosté con la cabeza llena de preguntas. No encontré ninguna respuesta, pero me prometí a mí misma portarme lo mejor que pudiera para evitarles a mis padres más preocupaciones. En lo posible actuaría como una niña mayor: me bañaría sin que nadie me lo pidiera, haría los deberes temprano, no pelearía con mis hermanos y resolvería yo sola los problemas que se me presentaran en la vida. Esa noche no sabía que pronto, muy pronto, tendría que cumplir esta última promesa.

Al día siguiente Fabiola amaneció enferma, con la garganta plagada de llagas. Le dolía horrores y volaba de fiebre.

Mamá llamó al médico de urgencia para que viniera a casa a revisarla. Aunque insistí y pataleé para quedarme con ella al menos hasta que llegara el doctor, me mandaron a la escuela con mis hermanos. Antes de salir de casa pasé al cuarto para despedirme; Fabiola se veía muy pequeña acurrucada en la cama, como si fuera mucho más chiquita que yo. No lloraba ni nada porque mi amiga

es supervaliente, pero estoy segura de que ganas no le faltaban.

Estuve toda la mañana ansiosa. No logré concentrarme en ninguno de los trabajos que mandó la maestra y para colmo, Jeremías, tal vez porque vio que andaba sola y cabizbaja, me persiguió más que nunca. Se pasó todo el recreo a tres pasos de donde yo estaba. Cuando me daba vuelta para verlo directo a los ojos con mi peor cara de mala, él se hacía el desentendido y miraba para la cancha donde los otros niños jugaban al fútbol, como si nada. Pero ni bien yo caminaba hasta la otra punta del patio, él se movía detrás de mí como una sombra.

Cuando regresé de la escuela junto a mis hermanos, papá todavía no había vuelto del trabajo, pero tampoco encontramos a mi madre ni a Fabiola. En un cartelito pegado a la puerta de casa estaba escrito con lapicera azul: «Fuimos al hospital. Vayan a comer a casa de Rómulo. Los quiere, mamá».

Mis hermanos se pusieron felices, pero a mí la idea de pasar una tarde completa escu-

chando la frase «Salí de acá, Catalina» no me causaba ninguna gracia.

La comida sí estuvo muy rica. Como la mamá de Rómulo trabajaba de enfermera y ese día le tocaba guardia, no estaba, pero el papá nos preparó tallarines con tuco, mi platillo favorito, así que el almuerzo resultó delicioso. La tarde, en cambio, empezó de forma lamentable, tal y como yo me había imaginado.

Después de comer, mis hermanos y Rómulo se encerraron en el cuarto. Fui un par de veces a tocar la puerta para que me dejaran jugar con ellos, pero no me hicieron ningún caso, ni siquiera se molestaron en responder. Con gran esfuerzo me subí a un ciruelo que estaba al frente de la casa y conseguí espiarlos por la ventana.

Los encontré hincados en el suelo, frente a una enorme hoja de papel desplegada sobre la que trazaban flechas y marcaban puntos rojos; parecía un mapa. Seguro que se trataba de alguna cosa misteriosa del club clandestino del que los tres formaban parte.



Me dije que también Fabiola y yo deberíamos dibujar un mapa para nuestro club secreto, uno que mostrara todas las casas de la cuadra, con salidas, puertas y pasajes ocultos, y por supuesto la casa de los Pérez Velarde. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Era una idea muy divertida.

En eso estaba pensando cuando de pronto Rómulo se dio cuenta de mi presencia en el árbol. Sentí que las piernas me temblaban de la emoción; ¡me habían descubierta! ¿Qué pasaría ahora? Me agarré fuerte de la rama, porque imaginé que me iba a gritar o a empujar o a decirle a su padre. Pero Rómulo solo se acercó a la ventana



y bajó la persiana, lo que, en realidad, resultó altamente decepcionante.

Al menos antes me gritaban «Salí de acá, Catalina», ahora ni siquiera me dirigían la palabra; como si no existiera.

Parecía que esa tarde iba a ser definitivamente la más aburrida de toda la primavera, cuando de pronto, desde las alturas, alcancé a distinguir que una vecina llegaba apurada hasta la casa de Rómulo y tocaba el timbre. Un segundo después, el padre de Rómulo salió a recibirla. La mujer, con una cara de preocupación tremenda, empezó a hablar atropelladamente, pero como yo estaba lejos no alcanzaba a escuchar las palabras que salían de su boca. Con cuidado me fui descolgando por las ramas del ciruelo sin ser vista. Ya en el suelo, me acerqué para poder oír.

Escondida en el jardín, escuché que había un problema gordo en la puerta del liceo del barrio.

Según explicó la señora, los estudiantes habían entrado al centro durante la noche, lo cual resultaba raro porque de madrugada no hay clases. Pero al parecer habían ido allí para otra cosa, no a estudiar; permanecieron ahí dentro un montón de horas, discutiendo en una asamblea sobre las libertades que el nuevo gobierno les había quitado y sobre cómo debían actuar al respecto.

—Es que ya no les dejan hacer nada, ni reunirse, ni llevar el pelo largo, ni opinar en clase. Han expulsado a muchos —afirmó indignada la mujer.

Me quedé pensando que seguramente les habrían sacado un montón de cosas más, si no, no me explico la necesidad de quedarse la noche entera hablando. Pero el problema más grave, continuó diciendo la vecina —y yo volví a poner atención—, era que los militares se habían enterado de aquella reunión secreta y acababan de ir hasta allí a sacar a los estudiantes por la fuerza. Habían entrado al liceo con palos en las manos y hasta con caballos.

Según explicó la señora, los estudiantes habían entrado al centro durante la noche, lo cual resultaba raro porque de madrugada no hay clases. Pero al parecer habían ido allí para otra cosa, no a estudiar; permanecieron ahí dentro un montón de horas, discutiendo en una asamblea sobre las libertades que el nuevo gobierno les había quitado y sobre cómo debían actuar al respecto.

—Es que ya no les dejan hacer nada, ni reunirse, ni llevar el pelo largo, ni opinar en clase. Han expulsado a muchos —afirmó indignada la mujer.

Me quedé pensando que seguramente les habrían sacado un montón de cosas más, si no, no me explico la necesidad de quedarse la noche entera hablando. Pero el problema más grave, continuó diciendo la vecina —y yo volví a poner atención—, era que los militares se habían enterado de aquella reunión secreta y acababan de ir hasta allí a sacar a los estudiantes por la fuerza. Habían entrado al liceo con palos en las manos y hasta con caballos.

Según explicó la señora, los estudiantes habían entrado al centro durante la noche, lo cual resultaba raro porque de madrugada no hay clases. Pero al parecer habían ido allí para otra cosa, no a estudiar; permanecieron ahí dentro un montón de horas, discutiendo en una asamblea sobre las libertades que el nuevo gobierno les había quitado y sobre cómo debían actuar al respecto.

—Es que ya no les dejan hacer nada, ni reunirse, ni llevar el pelo largo, ni opinar en clase. Han expulsado a muchos —afirmó indignada la mujer.

Me quedé pensando que seguramente les habrían sacado un montón de cosas más, si no, no me explico la necesidad de quedarse la noche entera hablando. Pero el problema más grave, continuó diciendo la vecina —y yo volví a poner atención—, era que los militares se habían enterado de aquella reunión secreta y acababan de ir hasta allí a sacar a los estudiantes por la fuerza. Habían entrado al liceo con palos en las manos y hasta con caballos.

Como el liceo estaba a tan solo dos cuadras, la buena vecina había venido para avisar a la familia de Rómulo.

—No salgan, puede ser peligroso —advirtió la mujer. Y dicho esto se fue hasta su propia vivienda muy asustada.

El padre de Rómulo trancó el portón que daba a la calle. Yo me quedé detrás del árbol quieta por un momento, sin saber qué hacer. En mi cabeza había un montón de



información impresionante, pero no tenía con quién compartirla.

Aunque no se lo merecían, por antipáticos, fui a buscar a mis hermanos y a Rómulo. Eso sí, me prometí que sería la última vez. Volví a trepar el ciruelo y golpeé la ventana.

—¡Ábranme! Rómulo, pasó algo importante... ¡Batán!... ¡Fabricio!... Es en serio, no me lo van a creer. ¡Tienen que venir!

No hubo caso. Por mucho que expliqué, supliqué y golpeé sobre la persiana de madera, ninguno se mostró interesado en conocer aquello tan impactante que yo quería contar. «Peor para ellos —pensé—. Se lo pierden».

Muy ofendida, bajé del árbol y decidí irme sola a investigar lo que pasaba en el liceo. Estaba harta de aquella tarde gris y aburrida. Si las aventuras no venían a mí, yo saldría a su encuentro.

Mi intención era escaparme a la calle, pero el portón de la casa de Rómulo estaba trancado. Yo había visto con mis propios ojos cuando el padre lo cerraba con doble llave. Pensé entonces que la manera más práctica de salir sería a través de mi casa, ya que el muro bajito que separaba el jardín de la vereda se podía saltar perfectamente. El problema consistía en que, para conseguirlo, primero debía llegar hasta mi propio hogar y no sabía muy bien cómo colarme hasta allí.

Corrí sin hacer ruido hasta el fondo de la casa de Rómulo, procurando que nadie me viera. Para ser honestos, tampoco creo que nadie me estuviera vigilando. Aunque no conocía el lugar exacto, suponía que tenía que existir algún pasaje escondido entre nuestros dos terrenos, algún hueco bajo la alambrada, alguna puerta disimulada. Estaba convencida de que mis hermanos y Rómulo habían inventado algún sistema para pasar de casa a casa en secreto, sin ser vistos por los adultos.

Me tomó un buen rato de búsqueda pero finalmente lo encontré. Si me costó hallarlo, fue porque el pasaje no se encontraba a ras del suelo, como los que fabricábamos Fabiola y yo debajo de las alambradas. Este pasadizo estaba en las alturas. Encontré una decena de cuerdas atadas de altas ramas en los árboles que limitaban ambos terrenos. Después de observarlas un buen rato, deduje que funcionaban como las lianas de Tarzán, permitiendo pasar de un lado a otro como una hamaca que se balancea en el aire. ¡Qué idea genial!

Trepando como un mono, con piernas y brazos, conseguí subir al árbol. Siempre fui muy buena en eso. Me agarré fuerte de la cuerda y me dejé llevar al otro lado. Pero la bajada no fue tan sencilla como esperaba. Como no sabía exactamente el modo en que ellos usaban las cuerdas, ni donde terminaba la trayectoria, me quedé oscilando en las alturas sin saber cómo bajar. Después de unos segundos yendo y viniendo de un terreno a otro, comenzaron a dolerme las manos y empecé a sentir miedo. Al final, ya no pude resistir más y simplemente me dejé caer.

No me di cuenta de que en ese momento la cuerda estaba en lo más alto. Por un segundo pensé que iba a romperme un hueso y mamá me iba a poner en penitencia por un año entero. Sin embargo, no pasó gran cosa: caí sobre pasto del lado de mi casa y rodé sin hacerme demasiado daño, tan solo un par de raspones en las rodillas.

La primera etapa estaba superada, ahora debía dirigirme hacia el muro que daba a la

calle. Pero entonces se me ocurrió que sería buena idea tomar los binoculares de la guardada. Con eso en mis manos lograría observar lo que pasaba con los militares en el liceo sin acercarme tanto y sin correr peligro. Me felicité a mí misma pensando que esa clase de decisión era lo que esperaban mis padres cuando me pedían prudencia.

Apurada por salir a la vereda y recorrer las calles del barrio, entré precipitadamente a la cueva. Tal vez si hubiera estado más atenta no me habría dejado sorprender.

Justo al momento de entrar, sentí cómo unos brazos me atrapaban dejándome inmóvil. Una mano me tapaba la boca, pero aún así yo gritaba. Hacia el exterior no se escuchaba mi voz, pero dentro de mi cabeza retumbaba tan fuerte el miedo y bombeaba de tal manera mi corazón, que me tomó unos segundos darme cuenta de que la persona que me había agarrado me hablaba bajito al oído y me llamaba por mi nombre. Logré calmarme un poco y entonces sí escuché.